

## **La palabra del antropólogo es la palabra que nombra al mundo.**

### **Construcción de la cultura alien en *El nombre del mundo es bosque* de Ursula K. Le Guin**

**Patricia Lilián Lozano**

U.N.L.P.

#### **Un antropólogo en Athshe**

El presente trabajo se propone examinar la figura del antropólogo Raj Lyubov, y su rol en la caracterización de la cultura nativa del planeta Athshe, en la nouvelle de Ursula K. Le Guin *El nombre del mundo es bosque* (*The word for world is forest*, 1976). En el relato que nos ocupa, analizar el modo en que el personaje del antropólogo ve y dice el mundo, los sucesos y sus protagonistas contribuirá a la comprensión del funcionamiento de la antropología como dispositivo de construcción de las culturas alienígenas, y en la conformación, y variaciones, del concepto de alteridad en la ciencia ficción de Le Guin; aportando, asimismo, elementos para reconsiderar la relación del género en particular, y de la literatura, en general, con la antropología, una disciplina cuya influencia ha sido tan mencionada, y tan poco examinada, en los estudios literarios y culturales desde el último cuarto del siglo veinte en adelante.

Uno de los elementos fundamentales en la composición de las obras de ciencia ficción es la construcción de mundos y culturas extraterrestres. En *El nombre del mundo es bosque*, Le Guin crea un planeta, «Athshe» según los nativos o «Nueva Tahití» para los colonos terrestres, con continentes predominantemente insulares que evocan los paisajes de la Oceanía terrestre, cubiertos por densos bosques: «New Tahiti was mostly water, warm shallow seas broken here and there by reefs, islets, archipelagoes, and the five big Lands (...). And all those flecks and blobs of land were covered with trees» (LE GUIN, 1979: 15). Es un sistema ecológico de extrema simpleza, cuya esencia puede reducirse, como lo expresa uno de los personajes, a «Water and sunlight, or darkness and leaves» (LE GUIN, 1979: 15). Este mundo está poblado por especies animales y vegetales semejantes a las terrestres: «pine, oak, walnut, chestnut, fir, holly, apple, ash; deer, bird, mouse, cat squirrel, monkey» (LE GUIN, 1979: 16). Y por nativos no más altos que un niño, de piel verde y pelaje abundante, a los que los colonos se refieren como los «crichis».

Le Guin no se detiene demasiado en la descripción del paisaje, la fauna o la flora, un par de pasajes aquí y allá le bastan para pintar la extrañeza de Athshe para los ojos terrestres:

Trees. A dark huddle and jumble and tangle of trees, endless, meaningless. A sluggish river overhung and choked by trees, a few creechie-warrens hidden among the trees, some red deer, hairy monkeys, birds. And trees. Roots, boles, branches, twigs, leaves overhead and underfoot and in your face and in your eyes, endless leaves on endless trees (LE GUIN, 1979: 15).

En el texto la esencia del mundo athsheano, y la clave de su identidad, están dadas por la cuidadosa construcción de la cultura nativa. Y el dispositivo narrativo que da sentido a esa construcción e impide que se convierta en un lastre para el ritmo del relato es lo que llamaré «el punto de vista del antropólogo» que rige esta novela, como muchos otros textos de Le Guin<sup>1</sup>.

«El punto de vista del antropólogo» es un tipo de perspectiva que examina, analiza, registra, y compara diferentes culturas, y observa como e interactúan; tratando de entender las diferencias en términos de los valores y supuestos propios de cada cultura, pero afirmando a la vez que esas diferencias se subsumen en la unidad de la especie humana.

En *El nombre del mundo...*, ese punto de vista está representado por un narrador heterodiegético, que cuenta los hechos de la historia desde la perspectiva de tres focalizadores internos en tercera persona<sup>2</sup>: el antropólogo Raj Lyubov; el teniente Don Davidson, su antagonista en las fuerzas de colonización terrestres; y Selver, el principal informante athsheano de Lyubov. Estas tres perspectivas narrativas aparecen alternándose en diferentes capítulos: el «Uno», el «Cuatro» y el «Siete» son narrados focalizando a través de Davidson; el «Dos», el «Seis» y el «Ocho» desde Selver, el «Tres» y el «Cinco» desde Lyubov.

Son los saberes, y los modos de ver de Lyubov, el antropólogo destinado por la administración colonial terrestre para estudiar e informar sobre la población autóctona, los que originan y modelan, predominantemente, «el punto de vista del antropólogo» adoptado por el narrador heterodiegético, incluso en los capítulos que corresponden a los otros focalizadores, como se puede observar en la descripción de la comunidad de Cadast, el pueblo en el que se refugia Selver luego de la matanza de Kelme Deva:

They were not all one people on the Forty Lands of the world. There were more languages than lands, and each with a different dialect for every town that spoke it; there were infinite ramifications of manners, morals, customs, crafts; physical types differed on each of the five Great Lands. The people of Sornol were tall, and pale, and great traders; the people of Rieshwel were short, and many had black fur, and they ate monkeys, and so on and on. (...) In all the Forty Lands, women ran the cities and towns, and almost every town had a Men's Lodge. Within the Lodges the Dreamers spoke an old tongue, and this varied little from land to land. It was rarely learned by women or by men who remained hunters, fishers, weavers, builders, those who dreamed only small dreams outside the Lodge. (LE GUIN, 1979: 42)

Por otra parte, cuando el focalizador es Lyubov, también se proporciona información fundamental para que el lector comprenda la cultura de los athsheanos; ya sea rememorando sus experiencias durante el trabajo de campo, mediante la autorreflexión acerca de las teorías elaboradas en sus informes, o en sus conversaciones y discusiones con otros terrestres y con los enviados de Hain y Tau Ceti. En los capítulos narrados desde su perspectiva, por ejemplo, se exponen dos aspectos centrales de esta cultura, el fenómeno del tiempo-sueño (la capacidad de los athsheanos de controlar sus sueños, y el rol de generador de conductas, valores, y normas de esos sueños), y la no agresividad intraespecífica de los athsheanos (el hecho de que no cometan actos de violencia contra otros humanos, incluso los de otros planetas), cuya deficiente o nula comprensión por parte de los terrestres es un factor crucial en el conflicto alrededor del cual gira la historia, como se verá más adelante.

Lyubov compone, además, un diccionario de la lengua athsheana, con la ayuda de Selver, su mejor informante nativo; y es el responsable de restituir al planeta, y por extensión a sus habitantes, su identidad cultural cifrada en su verdadero nombre<sup>3</sup>: Athshe, la palabra para decir bosque, el hogar y la fuente de subsistencia de los nativos:

(...) Athshe, which meant the Forest, and the World. So earth, terra, tellus meant both the soil and the planet, two meanings and one. But to the Athsheans soil, ground, earth was not that to which the dead return and by which the living live: the substance of their world was not earth, but forest. Terran man was clay, red dust. Athshean man was branch and root. (LE GUIN, 1979: 92)

También en los capítulos narrados desde la conciencia de otros personajes, es la perspectiva de Lyubov como antropólogo la que rige, aunque oblicuamente, el modo en que son presentados los athsheanos. En los episodios que tienen como focalizador al Capitán Davidson, los nativos son caracterizados a partir del prejuicio etnocéntrico del militar, y su versión de la

realidad es construida en abierta confrontación con los puntos de vista de Lyubov. Para Davidson «the creechies are lazy, they're dumb, they're treacherous, and they don't feel pain.» (LE GUIN, 1979: 19); el militar es incapaz de verlos como individuos, para él «creechies all looked alike» (LE GUIN, 1979: 26); y ni siquiera puede reconocerlos como humanos «»they're just bright enough that they'll never be quite trustworthy. Like those big monkeys used to live in Africa, what were they called?»<sup>4</sup> (LE GUIN, 1979: 20).

Aunque de manera agresiva y con desprecio, Davidson alude constantemente a Lyubov y a su trabajo: desautorizándolo en el plano personal –lo llama «fag», «alien-lover»<sup>5</sup>, y «psycho» (LE GUIN, 1979: 20, 81, 78)–; ridiculizando su relación con Selver, a quien reduce a la condición de «Lyubov's pet» (LE GUIN, 1979: 26); despreciando su condición de intelectual –con el apodo «bigdome» (LE GUIN, 1979: 81)– y considerándolo uno de los principales obstáculos para lo que, a su juicio, debería ser la colonización del planeta:

If that fag Lyubov wasn't around and the Colonel wasn't so stuck on following the Code, I think we might just clean out the areas we settle, instead of this Voluntary Labor routine. They're going to get rubbed out sooner or later, and it might as well be sooner. It's just how things happen to be. Primitive races always have to give way to civilised ones. Or be assimilated. But we sure as hell can't assimilate a lot of green monkeys. (LE GUIN, 1979: 20)

En la perspectiva del militar, Luybov aparece, invariablemente, como el antagonista, despreciado y detestado, la única voz que le presenta verdadera resistencia. Y su discurso funciona como una respuesta o justificación a las objeciones reales, o imaginarias, que Luybov, su saber, y su ideología, representan para su accionar.

El tercer punto de vista que contribuye a la narración de la historia es el de Selver, el informante estrella de Lyubov, y también su amigo. Selver es la condición de posibilidad del conocimiento de Luybov sobre los athsheanos: sólo gracias a él logra comprender cabalmente el tiempo-sueño, y su negativa a colaborar, después de iniciada la revuelta contra los colonos, le cierra a Luybov las puertas de la comunidad de Tuntar, que era su principal lugar de estudio.

La mirada, la palabra del antropólogo van a estar inevitablemente filtradas por las de Selver: «They had worked very hard together; they had taught each other, in rather more than the literal sense, their languages» (LE GUIN, 1979: 96). Y el modo en que Selver observa y trata de comprender a los terrestres, se parece mucho al de un antropólogo. Selver es el informante de Luybov, pero, a su vez, Lyubov es el informante de Selver:

He wanted to know about us so I would tell him what he asked, and he too would tell me what I asked. Once I asked how his race could survive, having so few women. He said that in the place where they come from, half the race is women; but the men would not bring women to the Forty Lands until they had made a place ready for them. (LE GUIN, 1979: 48)

Como el antropólogo, Selver intenta que su pueblo comprenda a los terrestres «bridging the gap between two languages, two cultures, two species of the genus Man» (LE GUIN, 1979: 102). Cuando la matriarca Ebor Dendep dice que los colonos «don't know the dream-time from the world-time, any more than a baby, does. Maybe when they kill a tree they think it will come alive again!» (LE GUIN, 1979: 49), Selver se empeña en mostrarle que, aunque distintos, son seres inteligentes «they understand death very well.... Certainly they don't see as we do, but they know more and understand more about certain things than we do» (LE GUIN, 1979: 49).

Así, el modo en que Lyubov ve este mundo, determinado por su condición de antropólogo, es aludido, reafirmado o puesto en cuestión constantemente, por las perspectivas de los otros dos personajes, convirtiéndose en el pivote alrededor del cual gira la narración.

## **Crimen y costumbre en la sociedad athseana<sup>6</sup>**

En *El nombre del mundo es bosque* el rol de la antropología no se reduce a ser un dispositivo narrativo que contribuye a dar credibilidad al universo ficcional, sin menoscabar su

capacidad de producir extrañamiento; sino que además participa de debates tradicionales dentro de la disciplina como el de subjetividad versus objetividad, o las disímiles posturas de los antropólogos frente a la compleja problemática del cambio cultural, los procesos de colonización y descolonización, las relaciones entre antropología y política, etc.

La novela de *Le Guin* se estructura alrededor de una serie de conflictos: la colonización y brutal explotación de un planeta habitado por una sociedad vista como «primitiva»<sup>7</sup> por los terrestres; y la revuelta de los athsheanos, con la consiguiente matanza y encarcelamiento de sus dominadores. El éxito de la rebelión athsheana toma por sorpresa a los terrestres, sobre todo porque los nativos han sido catalogados por Lyubov como incapaces de agresión hacia otros seres humanos: en Athshe, antes de la llegada de los colonos terrestres, no existía el homicidio.

Los militares, encabezado por el Coronel Dongh responsabilizan a Lyubov, acusándolo de haber instalado una imagen errónea de los nativos como «a primitive, harmless, peace-loving species» (*Le Guin*, 1979:66). Sin embargo, ese no es el error del antropólogo, lo que Lyubov no logra comprender y aceptar es la rápida capacidad de cambio de los athsheanos:

But how could their way of feeling and thinking have changed so fast, after so long? And why? At Smith Camp, provocation had been immediate and intolerable: Davidson's cruelty would drive even Athsheans to violence. But this town, Tuntar, had never been attacked by the Terrans, had suffered no slave-raids, had not seen the local forest logged or burned. He, Lyubov himself, had been there -the anthropologist cannot always leave his own shadow out of the picture he draws - but not for over two months now. (*LE GUIN*, 1979: 95)

Lo que interfiere aquí son los propios preconceptos de Lyubov sobre la cultura nativa, y sobre la humanidad en general. La «sombra del antropólogo» es una alusión de *Le Guin* a la ineludible subjetividad del científico, negada por la antropología clásica, pero puesta en evidencia inadvertidamente por los propios documentos de registro producidos por los antropólogos. Michael Young da cuenta de la existencia de una fotografía de un grupo de niños trobriandeses, tomada por Bronislaw Malinowski, donde la sombra del fotógrafo se cuelga en el extremo inferior de la imagen. La postura de los niños, además, es una clara imitación de un hombre blanco mirando a través de un artefacto óptico (una cámara o unos binoculares). El observador, con su conducta, y con todo el bagaje de su ideología, modifica lo observado.

Otra fotografía tomada por Malinowski, la que aparece en la portada de *Argonauts of the Western Pacific*, muestra unas figuras aparentemente concentradas en el ritual de intercambio que están realizando, pero mirándolo mejor «one of the bowing Trobrianders may be seen to be looking at the camera» (*CLIFFORD*, 1983: 118). La fotografía afirma una presencia:

(...) that of the scene before the lens. But it suggests also another presence- the ethnographer actively composing this fragment of Trobriand reality. Kula exchange, the subject of Malinowski's book, has been made perfectly visible, centered in the perceptual frame. And a participant's glance redirects our attention to the observational standpoint we share, as readers, with the ethnographer and his camera. The predominant mode of modern fieldwork authority is signaled: «You are there, because I was there. (*CLIFFORD*, 1983: 118)

Este concepto tradicional de autoridad etnográfica, representado por el «Lyubov himself, had been there» de la cita, queda invalidado en la novela de *Le Guin*, donde no bastan la presencia y la experiencia del antropólogo para garantizar la comprensión cabal del otro cultural. De este modo, *Le Guin* inscribe en su texto los cuestionamientos que desde el propio campo de la antropología de los años setenta se le hacían a esta estrategia retórica que «reflects the colonial situation in which Westerners dominated others by transforming them into voiceless objects of analysis» (*HANDLER*, 1989: 165).

## Tristes Trópicos del espacio exterior

La experiencia de Lyubov en Athshe no puede más que evocar una de las obras más importantes e influyentes en el campo de las humanidades, *Tristes Trópicos* de Claude Lévi-Strauss. En ambos casos el antropólogo se interna en un bosque tropical para estudiar comunidades que nunca antes han tenido contacto con la civilización; y se compromete integralmente con sus sujetos de estudio. Según Montserrat Cañedo Rodríguez, para Lévi-Strauss la experiencia del trabajo de campo no es sólo una experiencia intelectual o emocional sino que es «una experiencia que compromete hasta el tuétano todo el ser del antropólogo como ser en el mundo» (CAÑEDO RODRÍGUEZ, 2010: 5). Esta descripción le cabe perfectamente a Lyubov, quien se ve profundamente conmovido por lo que vive en Athshe, y no duda en arriesgar su precaria posición entre los colonos para defender el derecho a la vida del planeta y sus habitantes frente a los emisarios de la nueva Liga de los Mundos:

To hell with my self-respect so long as the forest people get a chance, Lyubov thought, and so strong a sense of this own humiliation and self-sacrifice came over him that tears rose to his eyes. (LE GUIN, 1979: 76)

Como la de Lévi-Strauss, la visión que Lyubov tiene de los nativos tiene algo de la imagen del «buen salvaje» de Rousseau. De este modo describe el antropólogo francés a los nambikwara:

El visitante que acampa por primera vez en el matorral con los indios es presa de angustia y de piedad frente a esta humanidad tan íntegramente desprovista; (...) Pero esta miseria está animada de cuchicheos y de risas. Las parejas se estrechan como en la nostalgia de una unidad perdida; las caricias no se interrumpen al paso del extranjero. En todos se adivina una inmensa gentileza, una profunda apatía, una ingenua y encantadora satisfacción animal y, uniendo esos sentimientos diversos, algo así como la expresión más conmovedora y más verídica de la ternura humana. (LÉVI-STRAUSS, 1955: 355).

Y así describe Lyubov a los athsheanos:

Touch was a main channel of communication among the forest people. Among Terrans touch is always likely to imply threat, aggression, and so for them there is often nothing between the formal handshake and the sexual caress. All that blank was filled by the Athsheans with varied customs of touch. Caress as signal and reassurance was as essential to them as it is to mother and child or to lover and lover; but its significance was social, not only maternal and sexual. It was part of their language. (LE GUIN, 1979: 97)

Esta visión idílica está en la base del «error» que comete Lyubov, al no poder anticipar la violenta rebelión de los nativos, liderada por Selver en su función de «héroe cultural»<sup>9</sup> que introduce el homicidio en la sociedad athsheana. A esto contribuye, además, una noción inmovilista de las sociedades etnográficas, que Lyubov comparte también con Lévi Strauss. Como bien lo ha planteado Susan Sontag en su lectura de *Tristes Trópicos*, Lévi Strauss considera que:

Las sociedades calientes son las sociedades modernas dirigidas por los demonios del progreso histórico. Las sociedades frías son las sociedades primitivas, estáticas, cristalinas, armoniosas. La utopía para Lévi-Strauss, supondría un enorme descenso de la temperatura histórica. (SONTAG, 1984: 98)

Lyubov no espera el cambio porque, en el fondo, no desea que se presente. Cuando Lepennon, el representante hainiano, le pregunta cual es el costo cultural de la ausencia de agresividad en los nativos, el antropólogo responde: «Perhaps change. They're a static, stable, uniform society. They have no history. Perfectly integrated, and wholly unprogressive. You might say that like the forest they live in, they've attained a climax state. But I don't mean to imply that they're incapable, of adaptation» (LE GUIN, 1979: 65). Y más adelante, proporciona una hipótesis para explicar el cambio: los athsheanos no matan seres humanos, y durante cuatro años han tratado a los terrestres como tales, pero como dice Lyubov: «We have killed, raped, dispersed,

and enslaved the native humans, destroyed their communities, and cut down their forests. It wouldn't be surprising if they'd decided that we are not human!» (LE GUIN, 1979: 65).

Sin embargo, y a pesar de haber formulado una hipótesis que parece muy acertada, en reiteradas ocasiones Lyubov expresa su desconcierto frente al cambio. El cambio le parece demasiado acelerado, sin precedentes; en especial porque no se trata de episodios de violencia individual en respuesta a las crueldades y abusos concretos de los terrestres. Esta reacción de la gente de las aldeas que ni siquiera han tenido contacto con los colonos le resulta inasimilable: «(...) would news and hearsay change the hearers, change them radically? - when their unaggressiveness ran so deep in them, right through their culture and society and on down into their subconscious, their 'dream time,' and perhaps into their very physiology?» (LE GUIN, 1979: 95).

Como en Lévi-Strauss, hay en Lyubov «una proyección de carácter utópico sobre las culturas indígenas, en la estela rousseauiana del «estado de naturaleza». Una proyección por la que estas culturas adquieren el máximo valor para el observador puramente en su valor de contraste, en la diferencia con la propia cultura de la que el antropólogo proviene» (CAÑEDO RODRÍGUEZ, 2010: 8). Selver ha aprendido a matar de los terrestres, «That which seemed to rise from the root of his own suffering and express his own changed being, might in fact be an infection, a foreign plague, which would not make a new people of his race, but would destroy them» (LE GUIN, 1979: 108-9). En estas palabras de Lyubov hay evocaciones de las de Lévi-Strauss en *Tristes Trópicos*:

Las sociedades que podemos estudiar hoy -en condiciones que sería ilusorio comparar con las que prevalecían hace cuatro siglos- sólo son cuerpos débiles y formas mutiladas. A pesar de enormes distancias y de toda especie de intermediarios (de una extrañeza a veces desconcertante cuando se llega a reconstruir la cadena), han sido alcanzadas por el monstruoso e incomprensible cataclismo que fue, para tan amplia e inocente fracción de la humanidad, el desarrollo de la civilización occidental; (LÉVI-STRAUSS, 1955: 406-407)

Ante esta situación de «contaminación» Lyubov insta a Selver, el único interlocutor válido entre los athsheanos, a regresar a las condiciones originarias de su cultura: «Don't go on» -le pide- «You must go back... to your own... to your roots» (LE GUIN, 1979: 118). La antropología según la práctica Lyubov participa del mismo *pathos* «de la lévi-straussiana- que se duele de lo inasequible del objeto perdido; que expresa un sentimiento de pérdida difuso y persistente, una insatisfacción sin conocimiento de adónde regresar ni cómo volver a un estado del que se ha perdido toda referencia clara. La definición misma de la nostalgia» (CAÑEDO RODRÍGUEZ, 2010: 9).

Pero Lyubov muere, y la palabra definitiva sobre este asunto le será concedida a Selver, quien como portavoz de Le Guin, dismantelará la utopía antihistoricista del antropólogo:

«Sometimes a god comes,» Selver said. «He brings a new way to do a thing, or a new thing to be done. A new kind of singing, or a new kind of death. He brings this across the bridge between the dream-time and the world-time. When he has done this, it is done. You cannot take things that exist in the world and try to drive them back into the dream, to hold them inside the dream with walls and pretenses. That is insanity. What is, is. There is no use pretending, now, that we do not know how to kill one another.» (LE GUIN, 1979: 163)

Empero, y más allá de esta crítica ideológica, Le Guin le da un rol positivo al antropólogo. Al finalizar la novela, Lepennon le anuncia a Selver que su planeta a sido proscrito para la explotación por la Liga de los Mundos, gracias a la palabra de Lyubov recogida en los informes que Selver ha conservado: «It's largely because of that work of his that Athshe is now free of the Terran Colony. This freedom had become the direction of Lyubov's life, I think. You, being his friend, will see that his death did not stop him from arriving at his goal, from finishing his journey» (LE GUIN, 1979: 162).

La palabra del antropólogo, que nombró al mundo, desencadena el proceso de descolonización del planeta y garantiza que los siguientes humanos que lo visiten dialogaran con los athsheanos en pie de igualdad. La palabra del antropólogo le restituye a Athshe su autonomía.

## Bibliografía

- ~CAÑEDO RODRÍGUEZ, Montserrat, «Los *Tristes trópicos* de Lévi-Strauss y el *pathos* nostálgico de la antropología», *Gazeta de Antropología*, N 26/2, Artículo 46, 2010, <http://hdl.handle.net/10481/6784>. Accedido en agosto de 2011.
- ~CLIFFORD, James, «On ethnographic authority», *Representations*, No. 2. (Spring), 1983, pp. 118-146. En: <http://links.jstor.org/sici>. Accedido en agosto de 2011.
- ~HANDLER, Richard, «Review of Clifford Geertz, *Works and Lives: The Anthropologist as Author*», *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, Volume 25, 1989, April. En: [http://hypergeertz.jku.at/GeertzTexts/Works\\_Lives\\_Review3.pdf](http://hypergeertz.jku.at/GeertzTexts/Works_Lives_Review3.pdf). Accedido en agosto de 2011.
- ~LE GUIN, Ursula K., *El nombre del mundo es bosque*, Buenos Aires, Minotauro, 1979.
- ~LÉVI-STRAUSS, Claude, *Tristes trópicos*, Barcelona, Paidós, 2008.
- ~SONTAG, Susan, «El antropólogo como héroe», *Contra la interpretación y otros ensayos*, Seix Barral, Barcelona, 1984.

## Notas

<sup>1</sup> Le Guin utiliza este punto de vista, con variaciones, en textos como «Rocannon's World», «The Left Hand of Darkness», «Always Coming Home», «The Pathways of Desire», etc.

<sup>2</sup> Utilizo las categorías narratológicas propuestas por Manfred JANH en «Narratology: A Guide to the Theory of Narrative», English Department, University of Cologne, 2005. En: <http://www.uni-koeln.de/~ame02/pppn.htm>. Accedido en agosto de 2011.

<sup>3</sup> La importancia de ser reconocidos por el nombre que ellas mismas se dan, ha sido documentada incesantemente en las culturas aborígenes, que experimentan como una humillación más de las estructuras de dominación el hecho de ser identificadas por los nombres que les otorgaron tribus enemigas, o por los que les adjudicaron los pueblos occidentales que las conquistaron.

<sup>4</sup> Se refiere a los gorilas, como lo va a aclarar unas líneas después.

<sup>5</sup> Sustituyo aquí mi propia traducción, más fiel que la paráfrasis que ofrece la edición de Minotauro que estoy citando, que dice «Si a alguien deseaba que los críchis le cayeran encima, era al sabelotodo de Raj Lyubov, que tanto los amaba» (81).

<sup>6</sup> Aludimos aquí a un clásico de la antropología funcionalista, el libro *Crimen y costumbre en la sociedad primitiva*, de Bronislaw Malinowski,

<sup>7</sup> Se trata de una sociedad ágrafa, con una economía de tipo cazador-recolector, organizada como un matriarcado, donde las mujeres tienen roles activos, y los hombres funciones espirituales y ceremoniales.

<sup>8</sup> No olvidemos que el término «forest», traducido en las ediciones en español simplemente como «bosque», se refiere al bosque tropical lluvioso, que se conoce también con el nombre de selva o pluviselva (en inglés «rainforest»), como lo sugiere la comparación de Athshe con la geografía tahitiana. Es el mismo tipo de ecosistema donde Lévi-Strauss realizó sus trabajos de campo en Brasil.

<sup>9</sup> Un «héroe cultural» es un tipo de figura mítica presente en numerosas culturas, a quien se atribuyen invenciones o descubrimientos que cambian profundamente la vida y el mundo del grupo en cuestión, revelándoles secretos como el manejo del fuego, la agricultura, la escritura, las artes, ciertas leyes o tradiciones, etc. En *El nombre del mundo es bosque*, Selver funciona como un héroe cultural porque «(he) had brought a new word into the language of his people. He had done a new deed. The word, the deed, murder. Only a god could lead so great a newcomer as Death across the bridge between the worlds» (LE GUIN, 1979: 108).